



Llega de nuevo la noche y con ella como tantas veces sólo un sueño me deja descansar.

Fue un jueves de pleno verano, la emoción en aquella sala de espera para salir a la realidad y a la ilusión, al amor, a la fiesta. Me lo llevaba todo, mis pequeñas princesas sonreían. Después de cuatro horas, por fin, en **mi pueblo**.

No he visto una calle tan bonita como aquélla. Cuando a lo lejos, una voz se oyó y todo se iluminó. Aquel abrazo, ahora ya sabía adónde iba, ahora no lo guardaba ni no lo daba. Porque sí, porque ya sabía mis abrazos dónde irían. Vi la luz y me entró un escalofrío, la situación era difícil y queriendo escapar oí una voz que me dijo: "*Mira quien está aquí*". Y esa voz que después de dos años ya no conocía me dijo: "*¿Cómo está usted?*".

Puedo pensar que hubieron más palabras, pero la emoción de los siguientes reencuentros me hizo olvidar, flotando por tanta emoción.

En una gran mesa, mis ojos brillaban por la alegría de estar allí. En ese momento sólo faltaba mi reina pero yo sabía que un poco más tarde ya estaríamos unidas para siempre.

Dos días más tarde una gran canción hizo que mi corazón me hablara.

El destino hizo que en la madrugada del domingo decidiera acompañar a mi princesa y también fue el destino que quiso que fuéramos solas.

Sin quererlo, sólo con sus palabras, ya estaba libre para volar, ya me ponía en sus manos.

El viaje fue corto, la Reina me esperaba, la Reina estaba feliz. Aunque al principio, por un trozo de metal entraron los nervios. La tercera fue difícil y las dos anteriores no sé cómo llegaron a su punto, no sé cómo pudo ser.

Ella partió como nunca, con más luz en la mirada. Ella quería encontrar la verdad, ella quería regresar sin tanta luz en su mirada, que la cegaba.

Porque ella sabía que su luz era la buena, la de siempre, con ella podía ver, no le hacía falta tanta luz, ni quería esperarla de otros ojos. Yo me quedé con la noche, con la luna y con una estrella que ya no cambiaría en los días siguientes. Ellos y ellas fueron testigos de unas horas limpias. Los gritos

de alcohol, la mirada del cubata, el agua del río... Fueron testigos junto a nosotros del amanecer. Nuestros labios se rozaron cuando los primeros rayos del sol iluminaron aquella mañana tan bonita, que tanto ha mirado, desde siempre. Y llegó el momento del adiós, sin más, todo parecía un sueño....

La emoción de mi encuentro con la Reina fue tan grande que no podíamos entender ni coordinar lo que pasaba, todo era cuestión de horas, no de días, qué diferente a la realidad....

Una flor de plástico me dio la bienvenida y luego fue la magia, la locura y sin ver la tierra, volando, me llevó hasta un cercano lugar que pasaría a ser de nuestra propiedad a partir de ese momento.

Aquellas hojas secas, hoy seguro, florecidas, la luna, la estrella, todos estábamos allí, ¡Cuánta envidia! de la buena tendrían por ver lo que veía. La luz del día llegaba y de nuevo me parecía un sueño que sólo la Reina podía entender, sólo a ella se lo podía gritar, yo sabía que ella lo entendía. Yo sabía que en esos momentos no habían más de diecinueve veranos en mi corazón. Aquellas miradas del día que no podían cruzarse por la lejanía, aquella música que en lo alto nos alegraba más aún, aquel animal tan cerca....

Todo quedó grabado por mi mano nerviosa que quería verlo cuando llegara la realidad.

El carnaval aparecía en aquella noche y la Reina y yo con la misma ilusión, si se puede, íbamos. El ir hasta el encuentro era como flotar por las nubes y la espera era esperanza y si no hubiera llegado, hubiera vuelto de nuevo sólo por la magia de flotar.

Y de nuevo la estrella, la luna, la noche. Nadie pudo resistir tanta emoción y tuvieron que desaparecer porque no podían creer lo que veían. Era el principio de una tormenta, era el principio de una travesía, cruzando el océano y pasando por una tempestad hasta llegar a la calma.

Unas letras colgaban de una cuerda negra, eran las que habías comprado para mí, por lo que decían no había duda. No hubo secreto y mira que todo era un secreto. Por eso, ese regalo aunque viva cien años no lo olvidaré, fue tan bonito, ¡Qué